

ERLE COX

La esfera
del pasado



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Ciencia-ficción

LA ESFERA DEL PASADO

Erle Cox

1.ª edición: mayo de 2023

Título original: *Out of the Silence*

Traducción: *Paco Arellano*

Corrección: *M.ª Jesús Rodríguez*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2023, Ediciones Obelisco, S. L.
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-986-9

Depósito Legal: B-385-2023

Printed in India

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Prólogo.....	11
I	25
II	38
III	46
IV	54
V	64
VI	72
VII	79
VIII	86
IX	95
X	102
XI	111
XII	116
XIII	133
XIV	146
XV	155
XVI	164
XVII	174
XVIII	201
XIX	223
XX	234
XXI	247
XXII	259
XXIII	270
XXIV	288
XXV	298

XXVI	312
XXVII	317
XXVIII	326
XXIX	333
XXX	346
XXXI	358
XXXII	375

Esta versión se ha preparado a partir de dos originales diferentes. Uno de ellos es la que podríamos denominar primera edición en libro, que incluye el Prólogo, eliminado en otras ediciones, y que cuenta con el capítulo 26, que falta en otras. Creo que esta versión es la que apareció en revista y de la que fueron eliminadas grandes porciones de texto. El otro texto es la edición completa con todos los textos incluso los eliminados. En mi época me escribía con Pierre Versins, que la tradujo al francés, cuya traducción recogía la totalidad del texto. Versins me dijo por carta que lo había traducido de la revista. No he podido cotejar este hecho (Versins ya ha muerto y no he podido seguir con la indagación, pero doy por buenas sus palabras), porque no creo que me mintiera. La edición a partir de la que he hecho la traducción al español apareció hace muy pocos años en Baen (Estados Unidos), y recoge la totalidad del texto menos el capítulo 26, que lo he tomado de Gutenberg Australia. Y con esto creo que es más que suficiente para aclarar las cosas.

EL TRADUCTOR

Prólogo

Un hombre estaba sentado a una mesa en lo que parecía ser un vasto laboratorio de física. Sobre la mesa, llena de instrumentos y aparatos, se alzaba un gran acuario de cristal en el que se veía nadar a un pez. El silencio no era roto más que por los pocos movimientos del hombre, que permanecía profundamente absorto en el trabajo que desempeñaba.

De las muchas cosas notables que había en aquella habitación, el hombre en sí era la más impresionante. Incluso sentado, su tamaño poco habitual era visible. Pero el rostro le convertía en un ser aparte. Su cabellera era rala y, por debajo de la frente, alta y ancha, se distinguían unos ojos de color gris, fríos, penetrantes, de los que toda emoción humana parecía haberse desvanecido. Bajo la fina nariz rectilínea, la boca formaba una línea recta sin labios aparentes. Cada uno de los elementos del rostro, incluso el duro mentón, irradiaba poder.

Detrás del hombre, en la pared más lejana de la habitación se veía un ventanal, abierto en un muro tan grueso que su reborde inferior formaba un poyo. Más allá se extendía un ancho valle a través del cual serpenteaba un río. Todavía más lejos, en segundo plano, se alzaba un vasto edificio con forma de esfera, encajada esta en una base cúbica.

Absorto en su trabajo, con sus largos y afilados dedos moviéndose con delicada precisión entre los instrumentos que tenía ante sí, el

hombre pareció no darse cuenta de la aparición de una mujer que se detuvo, con una expresión de sorpresa en las facciones, cuando le vio. Parecía dispuesta a hablar, y luego, con una suave sonrisa y un encogimiento de hombros, atravesó la habitación y se sentó a otra mesa.

Cualquier otro hombre que no hubiera sido el del pez se habría sentido excitado por la presencia de la recién llegada. Ésta era tan perfectamente adorable y femenina como él, viril y poco atractivo. Su larga túnica sencilla, sujeta a la cintura por una ligera banda de metal, la hacía parecer más alta de lo que era en realidad. La gracia de su porte, al cruzar la habitación, era un símbolo de radiante juventud y de gloriosa belleza real, todo lo necesario para seducir a un hombre.

Cuando se hubo sentado, la mujer permaneció algunos instantes meditando, mirando al hombre del pez, y luego se entregó a su propio trabajo, y sus manos se ocuparon de un mecanismo que tenía enfrente. En el mismo instante, un gran disco de color oscuro que dominaba la mesa se iluminó con una luz amarilla a través de la cual se desplazaban líneas de extraños símbolos. A veces, con un gesto de la mano, ella las detenía para tomar una nota; siguió de aquella manera durante una hora, con los ojos fijos en el disco... y, de repente, el silencio se rompió con el claro sonido de una campana. En respuesta al movimiento rápido de su mano, el color del disco viró del amarillo al azul, y quedó de nuevo cubierto con los símbolos en movimiento. Ella los observó con cuidado hasta que, con el segundo campanazo, apagó la luz.

Se levantó del asiento que ocupaba y, con una ligera sonrisa jugueteando en su rostro, miró hacia la otra mesa.

—¿Cuánto tiempo vas a necesitar, Andax, para descubrir hasta dónde llegan las capacidades del cerebro de ese pez? —preguntó.

Puede que el hombre estuviera escuchando, pero si era así no lo demostró. La sonrisa se transformó en una risa ligera y la mujer giró con delicadeza hacia una ancha pantalla en cuya parte inferior sobresalían varias hileras de bombillas. Luego, pulsó uno de los botones que había en la mesa.

Su voz resonó claramente en la habitación, imperativa:

—¡Llamada general! ¡Por orden del Consejo Supremo!

Mientras hablaba, las bombillas del cuadro se encendieron y brillaron todas, salvo una. La mujer miró esta última con impaciencia y repitió, acentuando claramente las palabras:

—¡Llamada general! ¡Por orden del Consejo Supremo!

Finalmente, la última bombilla se encendió.

La voz femenina resonó de nuevo:

—¡Llamada general! Informe de Earani, directora de la estación geofísica central, en nombre del Consejo: las estaciones polares de observación anuncian una desviación regular y progresiva de la estabilidad terrestre.

La última observación, efectuada a las 2 horas y 33 minutos, muestra una variación de 700 metros. Vastas fisuras se están abriendo en los dos casquetes polares. Duración estimada de vida para el planeta: 43 días. Primeros indicios audibles de interrupción detectados en la estación general número 7 esta pasada medianoche. Órdenes del Consejo: el trabajo en el planeta, hasta nuevo aviso, debe continuar como de costumbre. No se admitirán excepciones.

»Orden número 2 del Consejo Supremo: se piden voluntarios para paliar las pérdidas humanas de las estaciones polares, a razón de 100 por día. Los voluntarios deberán presentarse en la estación número 16 con equipamiento polar completo. Fin de las órdenes y del informe.

Cuando las bombillas del cuadro se apagaron, la mujer apretó otro botón y habló secamente:

—Llamada especial a la estación número 11.

La pantalla se encendió y reveló el rostro de un hombre joven.

—¿Nombre? —preguntó la mujer.

—Bardon —respondió.

—¿Bardon el poeta?

—Sí.

—Explique la razón de su retraso de 30 segundos en responder a la llamada general.

—Escribía un poema.

—Conoce las reglas y tiene la responsabilidad de una estación. ¿Sabe cuáles son las penalizaciones?

—Sí.

—Preséntese al comité ejecutivo de su distrito mañana al mediodía. Se ocuparán de usted. Enviaré a un sustituto.

Tras pronunciar aquellas palabras, apagó la pantalla y el rostro desapareció.

A través de la habitación, una voz fría, irónica, se dejó oír:

—Un claro abandono del puesto, Earani. Tendrías que haber dirigido el rayo contra él.

Earani se echó a reír en voz baja.

—Si alguien se merece el rayo es el hombre o la mujer que le entregó la responsabilidad de una estación general de llamada a un poeta. Además, todos estaremos muertos dentro de 43 días, así que no veo razón alguna para llevar a cabo ejecuciones oficiales.

—Sin embargo —insistió Andax—, las órdenes del Consejo son que el trabajo continúe como antes.

Se percibió una cierta inflexibilidad en su tono de voz cuando respondió:

—Ejerzo mi derecho discrecional oficial. Hay que ser como tú para no saber que los poemas de Bardon valen los 43 días de vida que le han sido concedidos al planeta.

Se escuchó un «¡Bah!» despectivo en la mesa del acuario. Earani volvió a reír e imitó el «¡Bah!» a la perfección.

—Si hablamos de abandono del servicio, Andax, ¿cómo es que tú estás a mi servicio y no yo al tuyo?

—Esos indicios audibles de interrupción. Tu servicio está insonorizado..., el mío, no.

Earani se levantó de la mesa y se dirigió con calma hacia el ventanal, donde se sentó, contemplando el paisaje.

—Si emplease el rayo siempre que tuviera derecho a hacerlo, ¿se te ha ocurrido que tú podrías ser una de las víctimas?

—Como siempre, tienes razón —respondió Andax sin levantar los ojos—. No dejes que mis sentimientos interfieran en tu sentido del deber.

—Vuelve a tu puesto, Andax —replicó ella—. Los dos tenéis la misma sangre fría.

La voz pedregosa objetó:

—Tengo la teoría de que todos los males que han obsesionado a la humanidad provienen de la influencia femenina, que distrajo al Creador cuando engendraba el universo.

—A juzgar por lo que las mujeres han hecho sufrir a los hombres desde entonces, no me sorprendería que tuvieras razón.

—Mi pez, al menos, tiene un cierto encanto que se le ha negado a tu oprimido sexo...

—¡Halagador! —dijo la mujer, riendo—. No seas tímido hasta el punto de estropear el cumplido no terminándolo.

—El pez, gentil dama, tiene por virtud ser mudo.

Earani miró la silueta inclinada y dijo, lentamente y con total convicción:

—En alguna parte de este mundo, mi querido Andax, debe existir una mujer que no conciba que su felicidad sólo se debe al hecho de que tú seas soltero. Podrás observar el fin de nuestro mundo con el reconfortante sentimiento de haber hecho feliz, por lo menos, a una mujer.

—¡Dios del cielo! ¿Cómo se puede trabajar en estas condiciones?

Se levantó y se acercó a ella. Earani dejó que su mirada deambulase por el paisaje sin inquietarse por su acercamiento. Andax se inclinó sobre ella.

—Escucha, Earani —dijo de repente, acentuando las palabras—. Todavía nos quedan 43 días. Más tiempo del que hace falta para la operación y la convalecencia.

Sin volver la cabeza, Earani dejó caer un «No» decisivo, que todavía vibraba cuando Marnia entró en el laboratorio. Sin decir palabra, se sentó a la mesa de Earani y estudió las notas que la mujer acababa de tomar.

Andax retomó la discusión:

—¡Todo es muy sencillo! Podría hacerse esta misma noche.

La mujer le miró desafiante.

—Cuando, hace dos años, me pediste que aceptara añadir a mi cerebro un lóbulo del precioso cerebro de tu hermano, me negué. Y me he negado otras 20 veces desde entonces. ¿Crees que faltando 43 días para el fin iba a someterme a semejante castigo? No quiero terminar mi vida con un espíritu semejante al tuyo o al de tu hermano.

—¡Sí! ¡Así sois las mujeres! —rezongó Andax con impaciencia—. ¿No ves que lo que entonces sólo era un experimento es ahora algo de una necesidad imperativa?

—No veo que sea ni necesario ni imperativo satisfacer tu deseo de convertirme en un medio-Andax femenino —dijo ella, burlona.

—¿No sabes que serás designada para ocupar la tercera esfera? —preguntó.

—¿Yo?

Earani se levantó bruscamente, mirándole aturdida.

—¡Sí, tú! —replicó el hombre, enfadado—. Como uno de los tres debe ser una mujer, el Consejo no tiene elección.

—Pero —exclamó ella—, ¡los seleccionadores han recomendado a Marnia al Consejo Supremo!

Andax se encogió de hombros.

—¡Cierto! Pero la muy idiota está enamorada. ¿Te puedes imaginar que el Consejo permitiría que uno de los tres elegidos pudiera llevar a otro mundo una complicación sentimental?

—Pero Marnia... —empezó a decir Earani.

Marnia dejó la mesa y se unió a ellos.

—¿Por qué habláis de Marnia?

Earani la tomó de la mano.

—Andax dice que no serás una de los tres.

La joven sonrió y asintió tranquilamente.

—Tiene razón, Earani. No soportaría sobrevivir si tuviera que abandonar a Davos. Le he enviado un suplicatorio al Consejo. No ha sido aceptado oficialmente, pero sé que lo han admitido. ¿Acaso te molesta?

—No sabía nada —protestó Earani.

—Yo misma acabo de enterarme —explicó Marnia—. Había venido a avisarte, pero Andax se me ha adelantado. Cómo lo sabía es algo que ignoro. La decisión se ha tomado hace menos de una hora.

Se pudo ver una ligera sonrisa en los labios de Andax.

—Yo no sabía nada oficialmente —dijo—. ¡Pero era evidente!

—Un ejemplo perfecto de la filosofía conjetural andaxiana —dijo Marnia, riendo.

—¡Bah! —se burló Andax—. Al ver cómo os comportabais tú y Davos, que sólo os faltaba anunciar vuestra pasión insensata mediante una llamada general, la deducción no le requirió un gran esfuerzo a mi perfecta filosofía conjetural andaxiana.

—¿Por qué yo? —preguntó Earani en voz baja.

—Porque —dijo Andax levantando los brazos al cielo— el Creador y el Consejo en su sabiduría son los únicos que saben por qué se insistió para incluir a una mujer entre los tres seleccionados.

—Para cortaros las alas en ese maravilloso nuevo mundo, debe haber al menos una —dijo Marnia con cierta amargura.

—¡Pero hay otras mujeres! —exclamó Earani—. ¡Debe haberlas!

El sarcasmo apenas disimulado tiñó la voz de Andax.

—¡Bendita modestia, Earani! Sin embargo, ya que dominas la biología, la geofísica, la mecánica y la ciencia doméstica, vales tanto como cualquier otra. Aparte del hecho de que los seleccionadores habían puesto tu nombre en segundo lugar en la lista..., así que no tenían mucho que pensar.

Marnia rodeó afectuosamente la cintura de Earani.

—¡Qué delicioso compañero será para ti en el nuevo mundo! —dijo divertida.

—¡Ay, pobre autómatas esclavizado por las glándulas!

Una ligera sonrisa quitó filo a lo cortante de las palabras. Luego, se volvió hacia Earani.

—Y bien, ¿qué piensas ahora de la operación?

—Menos que nunca —dijo la mujer con un tono que impedía cualquier discusión, sentándose de nuevo en el poyo del ventanal.

Se percibía un creciente desprecio en la voz de Andax.

—Una mujer y una idiota —dijo—. Una idiota útil, debo admitirlo, pero nada más que una mujer.

Giró y se dirigió a la mesa de la joven cuando entró Davos. Marnia exclamó un alegre «¡Davos!» y corrió a su encuentro.

—¿Lo has oído? ¡Me lo han concedido!

—Sí, lo sé, lo sé.

Davos la rodeó los hombros con el brazo.

—Nos iremos juntos —dijo; luego, volviéndose hacia Andax—: Si estuviera en tu lugar, Andax, no volvería al trabajo. Tú y tu pez os separaréis dentro de muy poco tiempo.

Earani intervino desde el ventanal desde donde los miraba:

—¡Qué desgarramiento puede causar esta catástrofe! Tú también deberías abrazarla, Andax.

Despreciando el sarcasmo, Andax se volvió hacia Davos.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó.

Davos agachó la cabeza.

—El Consejo Supremo está reunido en sesión plenaria. Tú y Earani seréis convocados casi inmediatamente. Vuestro tripulante de las esferas, Mardon, ya ha recibido su notificación. La llegada de su nave exprés se espera de un momento a otro.

Davos, sin soltar los hombros de Marnia, se acercó con ella a la mesa de Earani, donde empezaron a susurrar. Earani se apartó para observar, a través del ventanal, la lejana esfera. La mirada de Andax iba de la pareja a ella con una expresión de aburrimiento y diversión al mismo tiempo. Luego, con un gesto de impaciencia, ladró:

—¡Davos! A lo mejor podías apartarte un instante de la contemplación de las delicias que te proporcionarán una muerte violenta y muy próxima en compañía de Marnia y proporcionarme algunos datos oficiales.

Los tres se echaron a reír.

—Lo que más admiro en tu especie —dijo Earani— es tu infalible tacto por la consideración que tienes hacia los sentimientos de los demás.

Davos hizo una reverencia llena de ironía.

—No veo qué datos podría facilitarle Davos a Andax.

—Perdona mi humildad —gruñó Andax—. Sin duda, podrías decirme si la asignación de las esferas ya ha sido decidida.

—Sí, Earani tiene la número 1, tú la 2 y Mardon la 3.

—¡Hum! —rezongó Andax volviéndose hacia Earani—. Eso quiere decir que estaremos encerrados muy cerca el uno del otro. El Consejo no quiere correr riesgo alguno quedando tan poco tiempo.

Y volviéndose a Davos:

—¿Has oído algo más?

Davos dudaba en responder y miraba a Earani con inquietud. La mujer comprendió por qué dudaba.

—No te preocupes por mí, Davos —dijo Earani con una sonrisa—. Es algo que me interesa muchísimo y no me siento angustiada en lo más mínimo.

—Bien —continuó Davos—. La esfera número 1 será sellada mañana al mediodía. Tú partirás hacia el norte mañana al anochecer, y Mardon se irá esta misma noche en dirección a la tercera esfera.

—No pierden el tiempo, ¿verdad? —comentó Andax, que continuó con brusquedad—: ¿Cuál es la estimación a la que habéis llegado tú y tu comité de genios? ¿Habéis acabado ya con vuestras peloterías y suposiciones?

Davos se encogió de hombros.

—Las únicas peloterías del comité provienen de ese delicioso hermano tuyo, Andax. A veces estoy convencido de que sus maneras son todavía peores que las tuyas.

—No te pido halagos serviles, sino una información —replicó Andax.

—¡Ah, bien! Ya que me lo pides tan amablemente —contestó Davos—, te diré que el comité ha llegado, tras haber sopesado todos los factores, a la conclusión de que por lo menos pasarán 27 millones de años antes de que el planeta vuelva a estar maduro para que se desarrolle una civilización humana inteligente.

Andax sonrió y miró a través del ventanal.

—Parece, Earani, que vamos a disfrutar de un descanso bastante largo.

—Sí —dijo la joven con calma—, pero si lo conseguimos, habrá valido la pena.

—Eso —murmuró Andax— si...

Perdió la arrogancia durante un instante.

—Científica, matemática y teóricamente, el plan es perfecto.

—Pues bien —intervino Marnia—, no os envidio a ninguno de los dos, aunque consigáis el éxito.

—El único riesgo es que las esferas no resistan la tensión del aplastamiento final —hizo observar Davos.

—¡Dios! —exclamó Andax con sus ojos grises brillando de entusiasmo—. ¡Vale mil veces el riesgo! ¡Pensad en la gloria de tener todo un nuevo mundo con el que jugar, un mundo que modelar a nuestro antojo...!

Davos respondió riendo:

—Sin embargo, nosotros tenemos una ventaja de la que ambos no podréis disfrutar. Será una experiencia única asistir al cataclismo final.

—Una lástima perderselo —admitió Andax a disgusto—, pero no se pueden tener las dos cosas.

Desde el ventanal, Earani anunció:

—Un correo volante acaba de aterrizar ante la puerta. Supongo que serán las convocatorias.

Un instante después, el correo, con un ajustado traje de vuelo, entraba en la sala. Saludó con un único gesto a las cuatro personas allí presentes.

—Por orden del Consejo Supremo, Andax y Earani deberán presentarse ante el Consejo sin más demora.

Hizo una reverencia y se retiró. Earani se levantó.

—Ven conmigo, Marnia, hasta la antecámara por lo menos.

Y los cuatro siguieron al correo.



El Consejo Supremo se reunía en una gran sala majestuosa; en el salón había un estrado elevado en uno de sus extremos. Desde la entrada hasta el centro se veía un ancho pasillo reseguído por una alfombra. A ambos lados se podían ver galerías llenas de espectadores silenciosos. El presidente, que ocupaba el asiento central sobre el estrado, era un hombre imponente, alto y de apariencia tranquila y bondadosa. Los cuatro consejeros instalados a cada lado eran en su totalidad de edad avanzada. Dos de ellos, mujeres.

Reinaba en la asamblea una atmósfera de espera obligada cuando las puertas de la inmensa sala se abrieron con lentitud. Todos los ojos se volvieron hacia el pequeño grupo que quedó expuesto con la abertura y que esperaba ante el umbral.

La voz del ujier resonó en el salón:

—Según las órdenes del Consejo Supremo, tengo el honor de presentar a Andax, Earani y Mardon.

Un ordenanza situado al pie del estrado, lanzó una orden:

—¡Pueden entrar, Andax, Earani y Mardon! ¡Que se adelanten para escuchar la voluntad del muy honorable Consejo Supremo!

Cuando los tres avanzaron lentamente a través del largo pasillo, todos los presentes se levantaron y permanecieron en pie hasta que los recién llegados se detuvieron y se inclinaron ante el estrado. Antes de levantarse, el presidente esperó a que los murmullos y las voces de la enorme asamblea cesaran y todos se hubieran sentado; luego, avanzó hasta el borde del estrado.

Entonces, miró a la mujer y a los dos hombres. Habló con lentitud y convicción profundas:

—Hijos míos, ha sido deseo del creador de nuestro planeta permitir que todos aquellos que han hecho de su superficie su morada sean aniquilados. Este momento, previsto desde hace mucho tiempo, es inminente. Pero, con la esperanza de que todos los logros de nuestra raza a favor de la felicidad de la humanidad no desaparezcan con ella, hemos concebido un proyecto mediante el cual esperamos transmitir la sabiduría de nuestra especie a la que, en el abismo de los tiempos, podría sucedernos.

»Vosotros tres, hijos míos, sois los depositarios de tan grave y terrible tarea. Podría darse el caso –nuestros ojos están ciegos en lo referente al porvenir– que tengáis que enfrentaros a acontecimientos ante los cuales la muerte que ensombrece nuestro planeta sea poca cosa. Sabemos que no teméis a la muerte. Pero lo que el futuro puede reservaros nadie lo sabe. Por eso os conjuro a que, si en vuestros corazones no os sentís a la altura de esta tarea, os retiréis en paz y sin perder el honor, con el consentimiento benevolente de vuestros amigos..., nadie os retendrá ni os injuriará por ello.

»Cada uno de vosotros, hablad ahora.

La voz de Andax se elevó en el salón, poblándolo de ecos.

—Acepto la tarea en lo que me concierne por el honor de nuestra raza.

La clara voz de Earani continuó:

—Y yo, por el amor de la humanidad.

En cuanto a Mardon, dijo simplemente:

—Acepto con alegría y sin titubeos esta tarea que me honra.

Un largo murmullo se elevó de la concurrencia, hasta que la mano del presidente lo acalló. Tomó de nuevo la palabra:

—En nombre de nuestra raza, el Consejo Supremo os aprueba y acepta vuestro sacrificio.

»Hijos míos, desde este instante quedáis sometidos a la voluntad del Consejo Supremo. Os hago saber que cualquier desviación en el camino del honor acarreará sobre vosotros su propia e infame condena, y que seguiréis todas las leyes de vuestra raza, en las que habéis sido educados. En el cumplimiento del deber que os ha sido impuesto, no debe haber ningún pensamiento egoísta, y si los tiempos deben cumplirse, no se tolerará ningún desvío fuera del camino trazado, ningún retroceso ante la tarea impuesta –por terrible que ésta sea– para llevar la paz, la sabiduría y la felicidad a aquellos que podrían continuarnos.

El presidente dejó de hablar un instante.

—¡De rodillas, hijos míos!

Tranquilos, los tres se arrodillaron. Con la mirada puesta en ellos, el presidente añadió:

—Levantad las manos y repetid conmigo estas palabras: juro por la fe que tengo en mi creador... por el honor de mi nombre... y por la lealtad hacia mis compañeros, miembros de la raza que va a desaparecer, que nunca, por mi palabra o por mis actos, traicionaré la tarea que me ha sido confiada... Juro ser eternamente leal a mis ideales y a los dos compañeros que comparten mi tarea.

El salón estaba tan en calma mientras las tres voces repetían las palabras del presidente que parecía vacío.

El anciano levantó las manos a modo de bendición.

—Que la gracia, el amor y la esperanza de una raza moribunda sean con vosotros. Que fortalezcan vuestros corazones, vuestra determinación, y que seáis guiados con sabiduría, justicia y honor hasta el día en que cumpláis con vuestra tarea.

Cuando regresó a su asiento, los tres elegidos permanecieron en pie frente al Consejo. Una consejera, a la derecha del presidente, se levantó y con voz algo temblorosa se dirigió a ellos.

—Earani, la voluntad del Consejo Supremo es que tú te dirijas mañana al mediodía a la esfera conocida como número 1, y que allí se te dé el olvido.

»Andax, con el crepúsculo de mañana partirás para ocupar tu puesto en la esfera número 2 y allí será donde te confiarás al Consejo del distrito.

»Mardon, dentro de una hora partirás hacia la esfera número 3, donde el Consejo Occidental te estará esperando..., que la gracia y la fuerza sean con vosotros —añadió con solemnidad.

Los tres se inclinaron ante el Consejo y, dándose la vuelta, recorrieron el pasillo enmarcado por la multitud silenciosa que se había puesto en pie para rendirles honores.

Fuera del salón, cuyas puertas se cerraron a sus espaldas, Davos y Marnia se apresuraron a reunirse con ellos con la esperanza de que pasarían la velada en su compañía. Mardon se excusó, invocando la orden de marcha inmediata.

—Pero tú sí que vendrás con nosotros, ¿verdad, Andax? —preguntó Marnia.

Andax sacudió la cabeza y estuvo tan a punto de echarse a reír como un hombre como él podía estarlo.

—No, Marnia, no. Id vosotros tres a sumiros en una orgía de sentimientos. Yo sólo podría echarla a perder.

—Pero ¿qué vas a hacer? —preguntó la joven con preocupación.

—Vuelvo junto a mi pez, gentil dama —dijo al tiempo que los abandonaba.

I

Bryce detuvo su coche ante la amplia veranda de la granja y, antes de descender del vehículo, dejó que su mirada vagase por el verde intenso de las viñas en busca del propietario. Era un día tórrido y el sol, que caía desde un cielo lechoso inmaculado, parecía haber detenido toda vida y todo movimiento. El mar verde de las hojas no revelaba el menor rastro de Dundas. De vez en cuando, un torbellino de polvo arrastraba en su estela un puñado de hierba y hojas secas, pero parecía demasiado cansado como para hacer nada más. Desde su asiento, Bryce podía ver los puntales con remates de cobre de una calesa que emergían por encima de la puerta del garaje. Un poco más lejos, a la sombra de un cobertizo de chapa ondulada, se alojaban dos grandes caballos de tiro y un poni de color ruano; este último (una celebridad local conocida por el nombre de Billy Blue Blazes) estaba destinado al acarreo. Era un caballo dotado de un cierto carácter, muy malo en lo esencial. Su presencia, no obstante, le indicaba al visitante que el propietario de Billy estaba «visible».

Bryce se acercó algunos pasos a la veranda. La puerta de entrada permanecía abierta de par en par y, a través de ella y de la cortina de perlas, la luz brillante de más allá dejaba ver la casa con la menor brisa de aire que pudiera soplar. Distinguía, enmarcados en el oscuro pasillo, algunos desafortunados volátiles que rascaban sin esperanza la hierba amarilla y polvorienta que se alzaba detrás de la casa y, más lejos, alrededor de un kilómetro, la muralla de árboles de un color verde apagado que indicaba la corriente del río.

—¡Qué clima infernal! —comentó.

Luego, fijándose en el termómetro que colgaba en la pared más cercana a la puerta, Bryce repitió su observación con más energía.

—Cuarenta y cinco a la sombra, ya se nota.

Al fin, levantando la voz, gritó:

—¡Dundas, Alan Dundas! ¿Dónde demonios estás? ¡Despierta, amigo mío! ¡Oh, diablos! ¿Dónde te habrás metido?

Aquel lenguaje podría parecer incongruente, pero, tras un trayecto de 30 kilómetros y con tanto calor, no dejaba de tener sentido.

Bryce se dirigió hacia el extremo de la veranda y espió a través de la viña trepadora que la daba sombra. A unos 200 metros, en una suave depresión, observó un buen montón de tierra arcillosa que añadía una nueva nota de color al decorado amarillento. Mientras estaba mirando, distinguió un breve destello de acero por encima de la arcilla y, en el mismo instante, tuvo la visión fugitiva de la copa de un sombrero Panamá.

—¡Dios! —murmuró—. ¡Está loco..., loco de atar!

Abandonó en el acto la veranda y se acercó al lugar sin ser visto ni oído. Desde allí estuvo observando sin decir palabra unos instantes. En la zanja, con una camiseta y un pantalón de tela azul que se le pegaban al cuerpo empapado en sudor, el hombre le daba la espalda a Bryce. Sus brazos morenos y musculosos movían el pico con una precisión infatigable. Aquel hombre no era un alfeñique. El trabajo no parecía afectarle en exceso, a juzgar por el canturreo que le acompañaba. Bryce sonreía ausente mientras observaba, pues lo conocía y era, a sus ojos, todo un hombre. No tardó en hablar:

—Alan, amigo mío, ¿qué haces ahí? ¿Un poco de ejercicio para abrir el apetito?

El pico cayó con un golpe seco y el trabajador se volvió sonriendo.

—¡Bryce! ¡Por todos los diablos...!

Luego, con un carcajada:

—Lo reconozco, tengo un hueco en el estómago.

Y, tendiendo una mano poderosa, añadió:

—Según este reloj, es hora de comer. El que manda en mi interior no ha dejado de lanzar sermones de protesta desde hace ya media hora. Un momento...

Se izó hasta el suelo y cubrió con cuidado el pico, la pala y el barreno con un saco de yute.

—Ya sabes —explicó— que el sol calienta tanto todo esto que les saldrían ampollas a los mangos si no los tapase. ¿Te quedarás a comer, viejo amigo?

Bryce asintió.

—Te mentiría si te dijera que ésa no es parte del motivo por el que he venido hasta aquí.

Dundas se contentó con gesticular; sabía exactamente lo sería que era aquella advertencia.

—Lo siento, Héctor, pero de nuevo estoy «viudo» y tengo que limitarme a picotear cualquier cosa.

—¡Miserable pediguëño! ¿Qué ha sido de tu última ama de llaves? Creía que era un mueble. ¿No la habrán secuestrado?

Se dirigieron hacia la casa.

—Si solamente... —dijo Alan de todo corazón—. Créeme, Bryce, pero las mujeres me ponen enfermo. Las mujeres del servicio, quiero decir. Cuando son lo bastante mayores como para convenirle a un hombre soltero sin ataduras y con un carácter estable, su carácter es malo, diabólico. La última belleza desapareció durante cuatro días para emborracharse a muerte. No sé dónde pudo encontrar al maestro de ceremonias.

—¿Y luego? —preguntó Bryce, interesado, al ver que Dundas se callaba.

—Oh, nada más. Me contenté con esperar a que se recuperase. La cargué con todas sus cosas en la calesa y, por Dios —continuó riendo entre dientes ante aquel recuerdo—, estaba totalmente sobria cuando la llevé a la estación y la mandé a Melbourne. Billy B. B. estaba en su mejor forma e intentó trepar a todos los árboles que se encontró por el camino. Ella se pasó rezando casi todo el trayecto. Juraba que nunca volvería a tocar una sola gota de alcohol si llegaba a Glen Cairn con vida.

—Pero, Dun, todo eso está muy bien —dijo Bryce, riendo—. No puedes seguir estando «viudo». Necesitas otra.

—No, antes que me cuelguen. Las viejas están podridas y, que Dios se apiade de mí, Héctor, pero habría que ver lo que dirían las comadres del distrito si contratase a una joven.

—Creo que no podría salvarte si lo hicieras —dijo Bryce, animado por la idea.

Habían llegado a la casa. Dundas hizo entrar a su amigo.

—Siéntete como en tu casa mientras me adcento y me pongo una camisa. Encontrarás algo de lectura en la primera estantería y hay uvas en un cuenco. No tardaré.

Desapareció silbando camino de la cocina.

Bryce se tendió sobre el canapé y echó una mirada a la conocida habitación, la más grande de las cuatro con las que contaba la granja, una dependencia alejada en su origen, cuando la ciudad de Glen Cairn tomó el nombre del antiguo establecimiento, parcelado hacía ya mucho tiempo. La habitación tenía la marca del hombre soltero, sin el menor toque femenino.

Por encima del dintel de madera de la chimenea colgaba un buen fusil de retrocarga y doble cañón y una ligera carabina de caza; y el cuidado con el que aquellas armas estaban mantenidas demostraba que no estaban allí solo de adorno. Por delante colgaba una larga correa de cuero, un poco suelta, en la que, con ayuda de clavos, se habían practicado agujeros en cada uno de los cuales había metida una pipa: todas mostraban las marcas de un duro servicio en manos de un propietario celoso; un servicio que permitía atribuirles una edad considerable. Aquellas amigas habían ayudado a pasar por los momentos de tensión y estaban de guardia en el puesto de honor, y Bryce sabía que, para Dundas, su valor era superior al de los rubíes.

En las paredes, solamente había tres cuadros. Por encima del armario que servía de aparador, colgaba un fotograbado del *Napoleón* de Delaroché, meditando sobre su abdicación, y los otros dos eran paisajes que provenían de la antigua casa de Alan. De la misma fuente había llegado la curiosa panoplia de puñales orientales que llenaba el vacío existente entre la puerta y la ventana.

Lo que más llamaba la atención era la colección de libros que llenaba la mayor parte de dos de las paredes de la habitación y cuyas

estanterías llegaban casi hasta el techo. Historia, biografías, memorias y viajes de todas clases se contaban entre sus títulos. La ficción apenas estaba representada y una estantería soportaba una pesada batería de textos de derecho. Había algunas obras que un individuo normal habría evitado dando un amplio rodeo, pero Dundas profesaba que nada era mejor que un buen tratado sobre bimetalismo, por ejemplo, para impedir que las moscas le anidaran a uno en la cabeza.

El mobiliario era la simplicidad personificada. Además del armario, había una mesa y tres sillas, y un butacón a cada lado de la chimenea. El canapé de rejilla en el que Bryce se había sentado acababa el inventario. Por encima de este, un violín en su estuche ocupaba él solo una de las repisas. A los ojos de una mujer, las ventanas sin cortinas y el suelo desnudo habrían parecido intolerables, pero el hombre había descubierto que reducirlo todo a lo esencial se correspondía con un trabajo mínimo.

No tardó en escucharse una voz que llegaba desde la cocina:

—Héctor, amigo mío, una calamidad doméstica: las moscas han establecido un protectorado sobre el cordero y habrá que conformarse con unos huevos, jamón y patatas fritas. ¿Cuántos huevos quieres?

—Digamos que dos, Dun —respondió Bryce—. Tengo hambre.

—Bryce, viejo amigo, si te apañas con dos es que no conoces el verdadero significado de la palabra «hambre».

Cinco minutos más tarde, apareció con un trapo echado al hombro y con los brazos cargados con la vajilla. Bryce vigiló el montaje de la mesa con un silencio divertido hasta que Alan se retiró para considerar el resultado de sus esfuerzos.

—¡Ah! Esto es lo que yo llamo la verdadera simplicidad. Si yo fuera mujer, lo habría llenado todo de flores y cursilerías. ¿Y para qué sirven, además?

Bryce pensó durante un instante en lo que habría experimentado su mujer ante tamaña simplicidad.

—Eres un animal lujurioso, Alan. ¿Poner un mantel? ¡No conozco a nadie, salvo a ti, que se deje llevar por semejante elegancia! ¿O debo sentirme especialmente honrado?

—No, Bryce. Lo que pasa es que sé hasta qué punto puede relajarse un hombre que viva soltero —replicó Dundas con total seriedad—. Me las apañé para emplear siempre un mantel y, además —continuó como si estuviera recordando el ceremonial magnífico de una cena real—, nunca me siento a la mesa en mangas de camisa. ¡Oh, Señor, las patatas!

Desapareció corriendo.

Bryce no sonrió como habría hecho cualquiera ante una marcha tan carente de dignidad. Era el mejor situado para saber que existía una veintena de casas en las que algunos jóvenes se lanzaban a la batalla en condiciones parecidas... hombres acostumbrados al refinamiento y a las comodidades de la vida familiar y que, sin embargo, se habían ido a vivir en unas condiciones que habrían abochornado a sus semejantes del sexo femenino. Conocía los platos servidos en la misma cacerola y sobre una mesa desnuda, comidos en el trozo más limpio de un plato que no se había lavado desde la comida precedente.

Tenía veinticinco años más que Dundas, pese a su profunda amistad, y se sentía orgulloso de un hombre capaz de respetarse a sí mismo hasta ese punto. Sabía que Dundas no se entregaría nunca a un acto perverso o despreciable por la mera razón de que se afeitaba todos los días, incluso viviendo en el desierto. Y ello era así porque se ocupaba de sí mismo por sí mismo, no por lo que los demás pudieran pensar de él. Aquello correspondía a la perfección con el juego que se hacía Bryce del hombre del que llevaba siendo su tutor durante tanto tiempo.

Dundas volvió, con dos platos haciendo equilibrios, y, tras un último viaje en busca de una hermosa tetera, invitó a Bryce a la mesa. A los ojos de un sibarita, los huevos con jamón y patatas fritas, con un termómetro que marcaba 45 grados a la sombra, habrían podido parecer un poco sorprendentes, pero también los sibaritas trabajan raramente y la cuestión se encontraba más allá de su competencia. Bryce levantó los brazos al ver el enorme plato de comida.

—¿Pero qué has hecho? Había pedido dos huevos.

—No te molestes, viejo amigo —respondió Dundas con placidez—. Llevo con el pico en ese agujero desde las siete de la mañana y eso da mucha hambre. Los otros seis son para mi noble persona.

Y aquellos seis huevos, con un acompañamiento proporcionado de jamón y patatas, fueron tratados con la misma resolución que ponía en todo lo que hacía.

Aunque Bryce disfrutó con aquella comida, pues ni un cocinero consumado lo habría hecho mejor, observó la interpretación de Alan con un interés no disimulado que no pasó inadvertido para su anfitrión.

—¿Se te ha ocurrido alguna vez, Bryce, que si yo no hubiera abandonado una carrera de abogado sin futuro habría podido considerar esta comida como una tentativa de suicidio cuidadosamente estudiada?

—¡Hmmm! Quizá... Sin embargo, creo que hiciste bien, aunque en su momento pensé que te habías vuelto loco.

—¡Señor! ¡Cómo rabiaron entonces los paganos! —replicó Dundas con una mueca—. Peso exactamente noventa y tres kilos, Hec, y ni un gramo de grasa. Si me hubieras obligado a continuar con mis estudios hasta que hubiera llegado tan bajo como procurador general, solo mi panza habría pesado ya eso.

—Es verdad. Pero ¿no lo lamentas? ¿No te sientes un poco solo?

—En lo más mínimo y, en cuanto a la soledad, me gusta mucho. Lo que me recuerda una cosa: George MacArthur estuvo por aquí para pasar una semana.

Decía que buscaba la vida sencilla, así que le puse a escardar las vides. En cuanto a lo demás, bien, estoy a ocho kilómetros de la carretera, así que aquí sólo vienen quienes quieren verme en persona, no porque pasen por aquí. Así que no me siento molestado todo el tiempo, como les pasa a algunos. Mira el caso de Dick Tolhurst, justo en el cruce de caminos, y hasta creo que se casó por haberle encargado a alguien la recepción de visitantes mientras estaba en la obra. ¿Un poco más de té? ¿No? Bueno, señores, ya pueden fumar.

Dundas sacó una pipa de encima de la chimenea y se dejó caer en un butacón mientras Bryce volvía a la comodidad del chirriante canapé.

—A propósito, Alan —dijo Bryce, cortando su cigarro con delicadeza científica—, no me has dicho el motivo de la energía de la que estabas dando muestra en esa cantera de arcilla abandonada.

Dundas no ocultaba el disgusto con que consideraba el cigarro.

—No comprendo como un hombre puede fumar esas cosas cuando podría conseguirse una buena y bonita pipa... Oh, de acuerdo, no quiero empezar a discutir por eso. Sí, la cantera abandonada... Bueno, pues el idiota que construyó esta casa la alzó a un kilómetro del río, y eso quiere decir que debo conducir el agua hasta los caballos o los caballos hasta el agua, operaciones muy molestas tanto la una como la otra. Pero fijate en esto: como portador del título de antiguo tutor honrado y respetado —¿te he oído reír?—, convertido en mi banquero, debes saber que el estado de mis finanzas no me permite adquirir una bomba a motor. Esa cantera abandonada se convertirá en un excelente depósito que me evitará un buen montón de problemas. Y además, como expresa con tanta elegancia la señorita Caroline Wilhelmina Amelia Skeggs, me has encontrado «chorreando sudor».

—Mi querido muchacho, puedes permitirte que el agujero lo haga otro.

—En un sentido, tienes razón, Hec; por el contrario, no puedo permitirme pagar a alguien para hacer un trabajo que puedo hacer yo mismo. Dentro de diez años lo haré gustoso. De momento, puedo preservar este lugar de tus bestiales garfios de capitalista y así pretendo continuar.

—No sé yo quien te lo eche en cara, Alan.

Luego, tras un silencio y observándole atentamente:

—¿Por qué no te casas?

Dundas se enderezó bruscamente en su asiento, con una cerilla entre los dedos.

—¡Dios mío, Bryce! ¿Qué tiene eso que ver con mi abrevadero? La total falta de propósito de la pregunta hizo reír a Bryce.

—Nada, amigo mío... nada. Sólo es algo que se me ha pasado por la cabeza...

A la cabeza de sus preocupaciones, tenía que haber añadido si hubiera querido llegar al fondo de sus pensamientos.

—Ya sabes —continuó— que hay un montón de chicas guapas en el distrito.

—No estarás sugiriendo que practique la poligamia, ¿verdad? —replicó Alan con toda calma, recuperado ya de la impresión causada por lo imprevisto de la pregunta.

—No digas idioteces, Alan. Sólo lo sugería por tu bien.

—No veo el modo en que eso pudiera reforzar tu posición, Héctor, aunque admito que hay muchas chicas guapas en el distrito. ¿Por qué tendría que casarme con una de ellas?

—Podrías hacer algo peor.

—No casarme, ¿por ejemplo?

—Eres un maldito discípulo de Rabelais. Te voy a tirar algo a la cabeza si no empiezas a hablar en serio.

—Bueno, pues vamos a ver. Quieres argumentos y aquí los tienes: primero, por la misma razón que se refiere a la bomba del motor. Si te parece bien, cierra la boca y déjame hablar. Ya me sé la frase de que cuando hay para uno, hay para dos. Pero eso no tiene sentido. Luego, no me atrevería a pedirle a una joven que viviera en esta soledad, aunque ella estuviera de acuerdo. En tercer lugar... ¿quieres que siga? Bueno, si me casase, tendría que ampliar y reconstruir la casa. Todo eso, Hec, son buenas y sólidas razones.

Tras un silencio, se echó a reír.

—¡Ah, condenado viejo y maquiavélico Shylock! Ya veo claro tu juego.

—¿Por qué ese epíteto horrible? —preguntó Bryce sin alterarse.

—¡Eh! Si construyera, tendría que pedir una hipoteca, y aumentarla si quisiera ampliar. ¡Te has desenmascarado, infame!

Se calmó y, más serio, continuó hablando, señalando su biblioteca:

—Sé lo que tienes en la cabeza, Héctor, pero ésa es exactamente la clase de esposa que necesito en estos momentos.

Bryce sonrió.

—¿Quién habla ahora de poligamia, Alan? Ahí tienes por lo menos seiscientos libros.

—¡Oh! —respondió Alan con serenidad—. No estoy casado realmente más que con media docena. Todos los demás son sólo «apaños», como dicen los niños de la escuela dominical.

—Alan, hijo mío, tendré que consultar sobre tu moralidad con el reverendo John Harvey Pook. Vendrá a discutir contigo.

—¡Que Dios me asista! —dijo Dundas con un tono devoto—. Me acuerdo... Te he dicho que tuve aquí a George MacArthur la semana pasada, para vivir una vida sencilla. Pues bien, no se quitó el pijama desde el día en que llegó hasta su marcha. Era —el pijama, no el día— bonito, a su manera, tan... naranja brillante con rayas de color púrpura... y, cuando le añadía un fez rojo a modo de tocado, el conjunto de colores formaba algo insoportable. Sea como sea, una tarde que yo llevaba los caballos al río, ¿sabes lo que pasó? Que llegaron el reverendo John Harvey Mamá y Bella Pook, a la caza de suscripciones para algo así como una fiesta del té. En resumen, cuando volví, el noble George les ofrecía té en la veranda, mientras se excusaba por que le hubieran pillado vestido de noche durante el día. La pobre señorita Bella inclinaba la cabeza, y Mamá temblaba horrorizada y excitada al ver a aquel angelote ocupándose de ella.

—¡Hmmm! —comentó Bryce—. Y Pook, ¿obtuvo algo?

—Oh, le di una guinea para librarme de él —respondió Dundas—. George iba un poco demasiado deprimido. Pook estuvo a punto de caerse al suelo cuando mi amigo le sacó un billete de varias libras. Me dijo que era algo así como una lección, como lo de devolver bien por mal en respuesta al sermón que Pook le había endilgado.

Bryce chupó varias veces su cigarro, espionando a Alan a través del humo.

—¿Por qué invitaste a MacArthur?

Dundas, que miraba por la ventana, respondió sin volver la cabeza:

—Oh, por varias razones. Ya sabes que le aprecio enormemente a pesar de sus defectos. Es un muy buen muchacho. ¿Es culpa suya si gana en un mes más billetes de mil que la mayor parte de la gente en un año? Llevó una vida piadosa, honesta y sobria toda la semana que

estuvo viviendo aquí. Una lástima que no tuviera ninguna afición..., una colección de libros, o de cuadros, cualquier cosa parecida.

—Me temo —dijo Bryce con un tono agrio— que un viejo maestro le apeteciera menos que una joven amante.

Dundas se dio la vuelta con los ojos entornados.

—Vaya, Héctor, esa observación es bastante femenina.

—Si es así como hablan —se burló Bryce—, tus amigas deben ser un poco extrañas, ¿no te parece?

—¡Maldito asno! No me refería al espíritu, sino a la letra. Pero ¿qué bien podía hacerle a MacArthur ponerte de los nervios? No eres de los que gastan bromas porque sí.

—¿No le has visto desde que se marchó?

—No, ni me he acercado a Glen Cairn ni a las delicias del club. Demasiado trabajo. Sin embargo, no sueles preocuparte por los pequeños escándalos del distrito...

Bryce contempló pensativamente la ceniza del cigarro que daba vueltas entre sus dedos.

—Tú lo has querido, y lo tendrás. Éstos son los hechos, los hechos presuntos, los chismes del club, los de las pistas de tenis, junto con los informes recopilados por Doris. La noche siguiente a su partida de aquí, George MacArthur se empapó en una mezcla de licores escogidos. Se lanzó en picado con algunos amigos sobre el Star and Garter..., ignoro por qué diablos no se quedó en el club.

»Construyó un trono en uno de los salones colocando una silla sobre la mesa. Sobre el trono, instaló a una de las camareras... me han dicho que a la gorda, ¿la reconoces por esta descripción? Luego, le arrancó una pata a otra silla y se la dio a la chica como si fuera un cetro. Entonces, les dijo a sus amigos y a todos los presentes que podían beber por su cuenta lo que quisieran en honor a aquella diosa Diana..., creo que sé, aunque los testimonios difieren, que hacía que la adoraran como si la chica fuera la casta Diana. Rickardson me contó que, para ser un simple renacimiento temporal del paganismo, la cosa fue bastante bien. En todo caso, sé que el cheque que le firmó al indignado dueño del Star and Garter no fue cosa menuda.

Las cejas de Alan se habían ido frunciendo a medida que avanzaba el relato.

—Bryce, ¿qué hay de cierto en esa aventura? Tú sabes el valor que hay que atribuir a los chismes de esta ciudad...

—Te he dado la versión autorizada —dijo Bryce lentamente.

Alan, sin dejar de mirar por la ventana, siguió diciendo con cierta amargura en la voz:

—Supongo que el veredicto es «culpable». Y sin juicio, como de costumbre.

—En el presente caso, no se puede negar la evidencia —respondió Bryce, que observaba a Dundas con atención; luego, continuó con voz lenta y monótona—: Ayer vi cómo le ignoraba Marian Seymour.

Apartó la mirada en el mismo momento en que Alan se volvía hacia él. Durante un instante, abrió la boca para hablar, pero cambió de opinión. Había llevado la experiencia al punto que deseaba y prefería abandonar el tema.

Se levantó del diván.

—Bien, Alan, no mejoraremos las costumbres de la comunidad hablando de ella. Vendrás a cenar el domingo, ¿de acuerdo?

Alan se levantó a su vez.

—Sí, Héctor, Así podré esperar algo. Dile a Doris que llevaré conmigo mi mejor apetito.

—Si le digo lo que has hecho hoy con los huevos —dijo Bryce, riendo—, más vale que no le diga nada de tu mejor apetito. Dejaré que le des tú mismo la terrible noticia. ¡Puf, qué condenado calor! ¿No irás a ponerte a trabajar con todo este calor infernal?

—¿Qué dices! He malgastado en tu honor dos veces más tiempo del que empleo en comer todos los días. ¿No tienes miedo de que la gente dorada que trabaja para ti picotee las reservas de líquido de tu banco si estás sentado encima de tus cofres?

—Ninguno de ellos tiene estómago para picotear, como dices, en un pan emmohecido. Puedes darle las gracias a tu vecino, Denis MacCarthy, por ese estado de cosas. He tenido que ir a visitarle.

—¡Hmmm! Puede que sea la única cosa que le deba. Como es su costumbre, ¿le has encontrado bestialmente sobrio?

—Eh —dijo Bryce con aire enfadado—, le encontré bestial y le dejé sobrio. Sí, muy sobrio. A Dios gracias, eso pone un punto y final al último error de juicio de mi predecesor.

Se agachó para hacer arrancar la manivela del motor de su vehículo.

—Adiós, Alan, cuídate.

Puso el coche en marcha y giró en el estrecho camino, ante la veranda. Dundas se quedó allí lanzando puyas cáusticas sobre la conducción en particular y sobre los automóviles en general. Las últimas palabras que escuchó Bryce parecían ser una fiera amenaza de demandarle si le rompía un varal de las viñas.

Si la providencia que cierra nuestros ojos sobre el futuro se hubiera apartado de los ojos de Bryce durante un minuto, se habría quedado y no habría abandonado a su amigo antes de que éste le hubiera jurado no volverse a acercar a aquel agujero maldito. Pero él era un simple mortal y se apartó, inconsciente, del camino que pisaban los pies de Alan.